

A Sabina, la anticuchera

El estrépito rompe la noche.
Luces y llajwa tiñen la oscuridad.
Las hábiles manos acarician el fuego con los palillos,
que rebelde chilla y se sonroja.
Las suaves carnes se sofocan
entre el palillo que ayuda
y la brasa que ladra.
- Bien cociditos por favor.
Las brasas se rebelan aún más.
Su blasfemia es humo que
sahumea los rostros ebrios
de la noche de los poetas.

Las manos prestigitoras juegan.
Los fierros violan las carnes asadas,
que chamuscadas, vencidas,
dejan que la picante mortaja amarillenta
las cubra y junto a una corona de papas,
terminen indefensas ante mi hambre.

- Uno más por favor
- Ya caserito.
El rostro pintado de fuego,
los ojos ardiendo por el rito,
pero la mirada aduraznada,
que calienta aún más el banquete.
Los dientes de choclo fresco
se ocultan tímidos
entre los carnosos labios
que invitan al deseo.

Las carnes, la llajwa y la papa,
bailan su frenética danza
entre la lengua ansiosa
y los dientes carceleros.
- Están ricos
- Como vos caserito
¡Epa!
No sólo el manjar es atrevido.
El humo viola la noche
con su confite de chispas.
Las brasas consumen las carnes
y el corazón ajeno.

El rito de la noche continúa,
anticuchos, sonrisas, piropos.
Un sorbo largo de néctar amarillo

apaga el sufrimiento
y enciende la felicidad.

La noche da para más anticuchos.
Mis labios ansiosos no son los únicos.
Otros esperan urgente saciarse el hambre,
sufriendo
entre la mirada, el humo y el fuego.

Mis ojos en tus ojos se frien,
y mi hambre saciada
es el beso último
de aquella noche de bohemia.

